

# Pequeño poema geológico de Guipúzcoa

por

M. Ciriquiain-Gaiztarro

La provincia de Guipúzcoa es pequeña y preciosa, como una joya. En la ordenación administrativa española, la más reducida de todas. Pero a pesar de su pequeñez geográfica, tiene sierras y montes cubiertos de bosques, helechos y césped; peñas que parecen de plata a la hora del crepúsculo, valles apacibles con aire de égloga, y unos ríos que se tuercen y retuercen para buscar el mar que la corona. Es, en fin, un paisaje completo, mejorado y embellecido por sus proporciones minúsculas, como si se le viera no al natural sino a través de las lentes de un antejo invertido.

Geográficamente la cerca y defiende una guardia negra de montes que quisiera hacerla infranqueable. Frente a la Rhune francesa, que la espía desde su elevado mirador, las peñas de Aya con su fortaleza de granito; cara a Navarra, su enemiga en más de una ocasión, las crestas de Biandiz y Berástegui y las sierras de Aralar y Alzania cubiertas de bosque denso y apretado; ante Alava, los espinazos de San Adrián, Aránzazu, Elguea y Arlabán, empinándose sobre sí mismos como si temieran que una nueva conmoción geológica trajera el Mediterráneo de nuevo, hasta sus pies; y, frente a Vizcaya, el Jarindo, los Inchartas, el Urco, el Arno, y hasta el Udala mismo que, aunque guipuzcoano en sus cimientos, ha cometido la deslealtad de sacar la cabeza a la raya fronteriza, seducido sin duda por la vecindad de la Dama de Amboto. Es difícil entrar por tierra en Guipúzcoa; hay que escalar las montañas que la amurallan y buscar la garganta del Puerto. Pero una vez en él, se ve Guipúzcoa casi entera. ¡Bien vale la pena subir hasta el Puerto!

Entonces, todos los montes de Guipúzcoa se aupan para dar la bienvenida al viajero. Se los puede contar con el dedo. Un cielo amable,

sin exceso de luminosidad que deslumbre, los perfila delimitando sus contornos. Unos son altos; otros más bajos; algunos chiquitos se proyectan sobre los mayores del fondo, pero la diferencia de matiz o tonalidad de su verdor hace que la vista no caiga en el error de suponer que puedan ser un solo monte. Los más lejanos pierden su colorido y aparecen cubiertos de un tono entre azul y gris horizonte que contribuye mucho a dar cuerpo y perspectiva al paisaje.

A veces no se ven más que las cumbres. Un cielo gris vela el panorama, quitándole luminosidad y color, y unas nubes densas cubren los bajos del paisaje, ahogando las barrancadas y los valles. Sobre el mar de nubes brotan los picos de los montes lo mismo que si fueran islotes, y da la sensación de que las olas rompen y se encrespan contra ellos, porque algunos girones vaporosos, empujados por el viento o elevados por su menor densidad se destacan sobre el propio nivel de la marea, encaramándose junto a las cumbres de las montañas.

Por eso es, cuando las nieblas empapan la tierra, pues cuando el día es claro y el viento Sur acorta las distancias, se pueden contar todos los montes de Guipúzcoa. Cada uno tiene un nombre de una topónimo evocadora. El mayor es el Aitzgorri que con la arrogancia de sus 1.544 metros preside el concierto orográfico provincial. Los demás son más bajos, pero también ofrecen su encanto. Su emplazamiento es sistemático, no caprichoso; obedeciendo a una ordenación general de la cadena del Pirineo, de la que forman parte, van todos en una formación de E. S. E. a O. N. O., como si tuvieran un deseo de mar. Pero dentro de este encuadramiento, están alineados en cuatro cadenas que se extienden de Sur a Norte, formando tres grandes vaguadas que son los tres valles históricos de Guipúzcoa. Dificilmente podría hallarse otro conjunto que sin grandiosidad, que no la tiene, brindara una armonía de más naturales atractivos.

La provincia ha sentido siempre el orgullo de su geografía. En el Título Primero del Fuero se hace su elogio con un fervor que impresionó: "Fecúndala con halagüenos y cariñosos riegos—dice—muchos ríos, arroyos y fuentes que, desatados en cristales puros, fertilizan los campos y sirven a los vivientes para todos los utensilios. Apenas se

hallará distancia de un tiro de mosquete donde la naturaleza no ponga a los ojos algún parto de su prodigiosa fecundidad”.

Por el Norte es el mar quien la cerca a la vez que le sirve de camino para su relación con el mundo.

La contemplación de sus montes y sus valles da una serena sensación de quietud y de permanencia, casi de eternidad. Se diría que los montes y las peñas son los de siempre; que han podido cambiar los arbores y el norte de los caminos que los cruzan, pero ellos, no. Sin embargo no es así; como los hombres, los árboles y los caminos, los montes y las peñas tienen también su historia. Hubo una época lejana en que no había montes en Guipúzcoa. De Norte a Sur y de Este a Oeste, todo su suelo estaba cubierto con el mar. Ni el Hierro ni el Aitzgorri emergían sobre las aguas. No había más que mar; mar y cielo: la tierra de nuestra provincia no había florecido todavía.

Pero un día, aunque sobre la superficie de las aguas no hubiera otras señales vivas que las propias corrientes marinas, la tierra sumergida de Guipúzcoa fué víctima de una terrible conmoción. Su suelo, formado por una gran hoyada que daba a las aguas mucha profundidad, cambió la flexión de su curva, como si fuera una varilla de acero, y la línea cóncava se hizo convexa haciendo perder hondura al mar y aproximando las tierras submarinas al nivel de las aguas. Fué el momento solemne en que la geosinclinal se transformó en geoanticlinal, como dicen los geólogos. Sin embargo, y a pesar del empuje técnico de los términos denominativos, Guipuzcoa seguía sin aparecer. Por lo visto era sólo su feto que empezaba a dar señales de vida. Pero en el fondo marino quedaron unas cuarcitas y unas calizas coralinas que fueron los testigos del fenómeno. Esto ocurrió, según afirma quien dice saberlo, durante los períodos siluriano y devoniano de la Edad primaria.

Después llegó una época de gran conmoción continental. Diversos fenómenos geológicos, hicieron salir a flor de agua una gran parte de Europa. Fueron los levantamientos hercínianos del período carbonífero. A pesar de la dilatada extensión geográfica de la conmoción apenas si se notó en nuestro suelo; Guipúzcoa continuaba bajo las aguas. Pero el fenómeno tenía demasiadas proporciones para que no nos lle-

gasen ni siquiera las salpicaduras. Y, en efecto, sobre la superficie que milenios después había de ser jurisdicción de Oyarzun, salieron al sol y a viento, como un anticipo prometedor de nuestra tierra, unos islotes sobre los que se formaron las pizarras carboníferas en el lugar donde hoy se alza el macizo granítico de las Peñas de Aya.

Ya había tierra en Guipúzcoa; aunque poca, el sol calentaba carne de nuestra carne. Y a esta hermana mayor de nuestra tierra le brotaron unos arbustos que el mar Mediterraneo, que por el Sur llegaba hasta sus pies, hizo frondosos y exuberantes con su aliento casi tropical. Después envejecieron los arbustos, se secaron los sarmientos y el sol calcino convirtiendolos en carbones para que luego los geólogos nos pudieran afirmar muy seriamente que durante el periodo carbonífero hubo siquiera un trozo de tierra en Guipúzcoa.

Pero se estacionó luego; mejor dicho, sufrió un retroceso dando a entender que se había arrepentido de nacer tan pronto. Y, en efecto, durante el largo periodo de la Edad Secundaria las tierras emergidas de Guipúzcoa no solo no aumentaron sino que disminuyeron. Una acción prolongada de erosión fue gastando los islotes; los quemaba el sol, los reblandecía el agua, y el viento los iba limando lenta, lenta pero constantemente. Y llegó un día en que de los islotes de Oyarzun no quedó nada al exterior. Lo que había de Guipúzcoa se había perdido en el tiempo. Pero no importaba, empezariamos otra vez; las obras se hacen con constancia y en geología los plazos no juegan: el tiempo se cuenta por milenios.

Entretanto, en el fondo del mar, unos animalitos laboriosos trabajaban incansables en legiones descomunales, para hacer nuestro suelo. Labor de chino la suya. Ellos eran pequeños, pero tenían su concha cárea y la sacrificaban en holocausto a sus propósitos. Se amontonaban sobre los cadáveres de sus padres y sus hermanos y se dejaban morir sobre ellos aumentando el osario. Entre los restos de los pequeños y esforzados pólipos crecieron unas algas que nutridas de la cal de los mismos, resultaron calcáreas también. Y también morían abrazadas a los seres que les habían servido de alimento. Y la tumba se fué haciendo mayor, mayor, como en una pantalla; mejor dicho se fueron haciendo mayores porque no era una sola, sino muchas; el

Aitzgorri, la sierra de Aralar, la de Elgueta, el Hernio, el Itzarraiz, el Jaizquíbel y el Ulía no tienen otro origen; casi toda Guipúzcoa. Nunca agradeceremos bastante a los pequeños animalitos, su sacrificio. Bien vale la pena que dejemos anotados los nombres de sus especies: fueron los Ammonitas, las Acanthoceras, las Dismoceras, las Alveclinas y las Orbitolinas, para no citar más. Sus nombres debían estar escritos en todas las peñas.

Pero no es esto lo más extraño, sino que los pólipos que construyeron nuestras peñas no podían vivir más que a una profundidad comprendida entre los 30 y los 50 metros bajo el nivel del agua. Y como el Aitzgorri tiene nada menos que 1.544 metros, aunque entren en su composición otras materias, forzoso será creer la consecuencia que han sacado los geólogos de que el suelo sobre el que trabajaban y moraban los esforzados toramineros tuvo que ir hundiendo conforme estos fabricaban los ingentes penascos para que la capa superior estuviera siempre a un nivel que no desmintiera las sabias afirmaciones de los naturalistas. Esto, claro está, ocurría durante el período cretáceo de la Edad Secundaria.

Pero si el suelo iba descendiendo, alejándose del nivel de las aguas, el mar no se resignaba a que se acentuase su profundidad y acarrearla sin cesar arenas y margas en la zona que va de Cabo Higuer hasta Guebarra como si tuviera el capricho de formar una costa para romper las olas contra ella y coronar de blancas espumas el suelo de Guipuzcoa que no podía tardar en florecer. Y, en efecto, a la terminación de la época cretácea, si no habían emergido grandes alturas, se dibujaba al menos una línea litoral augurando un destino marítimo a nuestra provincia.

Dicen los geólogos y sus razones tendrán para afirmarlo, que en los comienzos de la Edad Terciaria casi todo el suelo de Guipuzcoa se levantaba ya sobre la superficie de las aguas. Pero si nos fuera posible reproducirlo gráficamente, tal como era, nadie lo reconocería. Los accidentes orográficos que hoy la coronan no se habían producido aun y eran otros, los montes, los valles y los ríos; el clima mismo, era distinto también; la flora, diferente. Las aguas del mar Mediterráneo que se le acercaban por el Sur, hasta besarla, darían a nuestra vegetación una

exuberancia florida y olorosa semejante a la que tienen actualmente los campos murcianos.

A las postrimerías del período eoceno, en la Edad Terciaria, el paisaje de nuestra tierra cambió por completo. Un fenómeno de dioses mitológicos conmovió la tierra; el pilar continental de Europa se apretó en un abrazo feroz con el macizo ibérico y como fruto de aquel encuentro apocalíptico, se levantaron las tierras comprimidas por el esfuerzo, formando unas montañas gigantescas que, como si fueran hijas del Fuego, las bautizaron después con el nombre de Pirineo. El destino de España había quedado trazado para los siglos de los siglos. Pasarían los pueblos, se levantarían y caerían las civilizaciones, se sucederían las grandes Eras históricas, y el Pirineo continuaría allí, firme, imperturbable trazando un límite natural de España. Las aguas del mar Mediterráneo que llegaban por el Noroeste hasta las tierras de San Vicente de la Barquera, se retiraron también deseando agrandar la península que acababa de nacer. Fácilmente se comprende que una conmoción de tierra y mar que tan profundamente atectaba a la formación del suelo ibérico, por fuerza se tenía que dejar sentir en Guipúzcoa. Y, al levantarse el Pirineo, nuestros montes, que son parte de él, se levantaron también, y las peñas gigantescas fabricadas pacientemente, durante milenios, por los laboriosos pólipos calcarios, salieron del fondo del mar e hicieron su presencia ante el viento y el sol.

Pero el Pirineo no estaba formado definitivamente; necesitaba aun de una nueva conmoción para dejar la estructura de su cadena a falta nada más de que la perfilaran el agua y el viento. Y a la terminación del período oligoceno se produjo una última dislocación que, claro está, repercutió también en la tierra de Guipúzcoa, dando a sus montes y sus valles una nueva arquitectura. Y como si nuestro suelo se diera cuenta de que aquel era su postrer movimiento tectónico, abrió sus entrañas para dejar paso a las formaciones eruptivas de las Peñas de Aya y de Elosua y celebrar así, con señales de fuego, el final de su formación geológica.

La tierra de Guipúzcoa había quedado, pues, formada, pero en bruto nada más. Era preciso retocarla, quitarles a los montes la tierra pegadiza, como si fueran granos, y llevarla al hondo de los valles; ta-

ponar las grandes hoyadas, abrir cauce a los ríos, formar alguna que otra planicie, para el cultivo, y afilar las puntas de los montes a fin de que ofrecieran líneas más graciosas. Estos servicios se los encomendó el Señor, al agua y al viento. Su tarea fué dura, mas lograron dominarla y nos dejaron un paisaje casi perfecto.

Su labor debió ser en sus comienzos muy penosa. Las aguas du'ces no tenían caminos por donde discurrir y habían de esparcirse por toda la tierra, sin el encanto de unos arroyos que suavizaran el esfuerzo y embellecieran el paisaje; poco a poco, la tenacidad de una corriente conseguiría dibujar el trazo de un cauce, y gozosa de su obra llamaría a las demás aguas vecinas para que discurrieran por él, y agradecidas éstas a la invitación, se apresurarían a dejarse deslizar por el incipiente camino. Pero poco después, otras aguas arrastrarían montones de tierra y lo taponarían haciendo baldío el esfuerzo. Era preciso empezar de nuevo; empezarían; pero volvía a surgir otro obstáculo que serían arenas y arcillas que el viento iba quitando al monte, para dejarlo más bonito, o un pozo capaz de chupar toda el agua que llevaba el camino. No se desanimarían tampoco, quitarían las arcillas y las arenas y, poco a poco, irían rellenando de tierra el pozo para poder seguir su destino en busca del mar.

Después de cientos de años habría ya muchos arroyos, verdaderos ríos en la tierra de Guipúzcoa. Eran demasiados para su superficie; había que suprimir muchos. Y empezó la lucha entre ellos, hasta que, con el tiempo, fueron dominando y absorbiendo unos a otros, para dejar los justos.

Pero todavía quedaba un problema grave por resolver. Por las gargantas de los tres valles históricos, y por la del medio valle que forma el Bidasoa, entraba el mar hasta el corazón de la futura provincia, bañando por la derecha y por la izquierda las laderas pendientes de las montañas. El mar invadía todos los bajos; no dejaba ni siquiera un palmo de tierra llana que poder cultivar. Y las aguas dulces que bajaban de los montes se pusieron de acuerdo con las arenas del fondo del mar para formar unas terrazas en el seno de los valles que canalizasen el curso de las corrientes, estrechando su cauce con una plataforma a las orillas. Y poco después las aguas que bajaban de la mon-

taña arrastraban toda clase de tierras que, luego, depositaban a las orillas; las arenas del mar venían montadas en las olas, cuando subía la marea, y se quedaban al margen del cauce abrazadas a las tierras venidas del monte. Y así, lenta, lentamente, con una gran paciencia se fueron formando las terrazas que hoy aprietan el curso final de nuestros ríos.

Y, como entretanto, el viento había ido afilando las puntas de los montes para darles la forma que mejor les iba, la tierra de Guipúzcoa quedó tan bonita como la vemos hoy; más bonita aún, porque no había pinos.

